

mensajes entre Toledo y Toledo

Por FRANCISCO CAPOTE

HORA y media de tiempo fue la espera en la sala capitular del Ayuntamiento toledano. De Toledo, España. Se esperaba el cruce casi mágico del *Telstar*, que iba a servir de puente de afecto y amistad para enlazar a la vieja ciudad con la nueva de Toledo, Estados Unidos de América. Todo estaba dispuesto para el singular acontecimiento, previsto dentro de un programa de carácter mundial, a través del cual se iban a intercambiar mensajes entre los alcaldes de muy diversas ciudades del mundo con sus colegas de otras norteamericanas. Bilbao y Toledo eran las representantes españolas.



El alcalde de Toledo, señor Montemayor, en el momento en que iba a iniciarse la comunicación con su colega de Toledo de Ohio a través del «Telstar». A su derecha, el director del Instituto de Cultura Hispánica, señor Marañón Moya, y a su izquierda, el gobernador civil, señor Elviro Meseguer.

Tapices del siglo XVI para invento del siglo XX

Bajo el dosel imperial de la sala capitular tomaron asiento las primeras autoridades toledanas, a las que acompañaba como invitado de honor el director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón Moya. La sesión extraordinaria del Concejo era presidida por el alcalde de la imperial ciudad, don Luis Montemayor Mateos. A su izquierda tomó asiento el gobernador civil, don Francisco Elviro Meseguer. El señor Marañón Moya ocupaba el sillón de la derecha. Concejales, autoridades y periodistas nos disponíamos a ser testigos del histórico acontecimiento.

Allí, dando cara a los viejos tapices del siglo XVI, en el amplio recinto del salón donde desde centurias se había hecho historia y la misma historia se remansaba; sobre la mesa, junto a carpetas con los nuevos proyectos de ordenación urbana, un teléfono blanco: el 2794. Con él se iba a establecer la comunicación, un lazo más entre los entrañables afectos del Toledo del Tajo y el Toledo de Ohio, entre el Toledo de la catedral y los Grecos y el Toledo del acero y las altas chimeneas de la más moderna industria.

La comunicación estaba prevista para las nueve y media de la noche del 26 de julio. Los relojes eran consultados con impaciencia. El consejero de la embajada de los Estados Unidos en Madrid, Mr. William

Winston Copeland; el agregado cultural, Mr. Philips, y otros altos funcionarios de la embajada, cambiaban impresiones con los señores Marañón Moya y Montemayor Mateos.

Fueron pasando los minutos que nos acercaban al momento decisivo. Entre los tapices y el esperado *Telstar*, algo más de tres siglos de distancia. De vez en cuando repiqueteaba la campanilla del 2794. Una de ellas fue para anunciar que Londres comunicaba diez minutos de demora. El jefe técnico de la Telefónica en Toledo atendía las llamadas.

Nueve cuarenta y cinco..., nueve cuarenta y ocho..., nueve cincuenta... Cada golpe del teléfono enciende los focos de la televisión. En el salón aprieta el calor. Se habla y se comenta sobre el *Telstar*, sobre los Toledos. Y así, me entero que en el año pasado el Toledo del Tajo fue visitado por quinientos mil turistas. O, por lo menos, esta es la cifra que puede ofrecer el control de entradas de la Casa del Greco, lo que hace suponer que el medio millón quedó rebasado con creces. Muchos de estos turistas, norteamericanos.

Nueve cincuenta y cinco. La conferencia vía *Telstar* se toma con calma... Hasta que, cuatro minutos más tarde, el teléfono vuelve a sonar con urgencia. ¿Ahora...?

—Londres informa que la transmisión ha terminado.

Un aire de decepción cruzó por la sala capitular. El intérprete ratifica:

—Londres ha hablado en español. La transmisión ha terminado...

Se apagan los focos. Mr. Copeland

no puede ocultar su contrariedad. El alcalde toledano—los siglos dejan en las ciudades y en sus hombres un estilo para aceptarlo todo con filosofía—comenta:

—Con estas cosas nuevas hay que pensar que no iba a salir todo bien a la primera. Lo siento por mi entrañable amigo Mr. Potter, el colega de Toledo de Ohio. Sé que a él le hacía tanta ilusión como a mí. Bueno, señores, vamos a la catedral. Esta noche estrena su iluminación interior.

Los mensajes, desde la Catedral

Nos fuimos a la catedral. Se formaron animados grupos. En uno de ellos, frente a la impresionante teoría de los apóstoles del Greco, en la catedral, dialogaban los señores Marañón Moya y el gobernador de Toledo. En otro grupo, el señor Montemayor Mateos atendía a los periodistas madrileños. La catedral estaba preciosa. Toledo, en su ritmo, en su historia, en su profunda y eterna belleza, quedaba reflejado en todos y cada uno de los detalles. Pero, de pronto...

Una voz alegre, potente, emocionada, resonó en la sacristía:

—¡Don Luis, don Luis, es Toledo de allá!...

Lo que parecía un milagro se acaba de producir bajo las bóvedas de la catedral toledana. Los dos Toledo estaban enlazados telefónicamente.



El alcalde, señor Montemayor, y el secretario general, señor Bolonio, ante la piedra de la catedral española de Toledo colocada en la de Toledo de Ohio.

«¿Telstar?»... Inesperadamente, el puente quedó establecido. Ahora el teléfono era el 2241, instalado en una pequeña cabina de la sacristía. Vivíamos la ilusión de que el *Telstar* permitía unir la catedral de Toledo —improvisado locutorio—, con su arranque de piedra en el siglo XIII, con el Toledo de la industria fabulosa del siglo XX. Al otro lado, a miles de millas, estaba el alcalde norteamericano, John W. Potter.

Mensaje de don Gregorio Marañón

En primer lugar habló el director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón Moya. Unas palabras sencillas, afectuosas, cargadas de emocionado acento. Dijo:

«Desde este viejo Toledo envió al joven Toledo de Ohio el saludo entrañable y emocionado del Instituto de Cultura Hispánica, símbolo de cuantos trabajan con fe en el mutuo conocimiento entre España y todos los pueblos americanos. Va este saludo, por primera vez en los anales de la civilización, a través del espacio, desde hoy instrumento en la historia humana. En él redobla el eco inmortal y glorioso de la gesta colombina, que llevó a través de los mares más ignotos que el espacio el alma y el corazón de mi patria. Que el *Telstar*, astro fabricado por la mano del hombre, y, por lo tanto, obra de Dios, como el sol y las estrellas, sea una fuerza inmensa y sin límites que bombardee al mundo con la sola metralla de la paz. En ella está el gran secreto de nuestro siglo y la única felicidad de los hombres.»

De alcalde a alcalde: de Toledo a Toledo

Llegó su turno a don Luis Montemayor Mateos, alcalde del Toledo español. Sus manos—doy fe—temblaban ligeramente cuando tomó el teléfono. Como la de don Gregorio Marañón, su voz fue firme y clara. Habló así:

«Te saludo a través de vuestro *Telstar* americano, que, al romper las fronteras del universo, lleva a todos los pueblos de buena voluntad un mensaje de paz y comprensión, y nos dará a los ciudadanos de Toledo de España y de Toledo de Ohio la oportunidad de ser actores en el momento histórico en el que se rompen los moldes de las comunicaciones para dar principio a una nueva era y establecerlas nosotros directamente desde este Toledo, cuyo origen se pierde en la historia, lleno de gloria y arte, con ese Toledo de Ohio, joven e industrial, genuino representante de América, que tan querido es de España, y muy especialmente de este Toledo desde el que os hablo; lo que



Don Pablo Rodríguez hace entrega de una magnífica edición del «Quijote» y de otros libros al presidente del Comité de Relaciones con el Toledo español, Mr. Brown, en el Toledo de Ohio.



Los alcaldes de los dos Toledos rinden homenaje a los soldados norteamericanos muertos en la guerra mundial. En este acto se tributaron honores militares a la bandera de España.



El alcalde de Toledo, señor Montemayor, impone el escudo de la ciudad al director de la Biblioteca Municipal de Toledo (Ohio), durante la visita de la delegación española a aquella ciudad.



Los alcaldes de los dos Toledos, señor Montemayor y Mr. Potter, con los miembros de la delegación española y otras personalidades del Toledo de Ohio.

hará sin duda que las relaciones de pueblo a pueblo que venimos sosteniendo con creciente entusiasmo desde hace treinta años, y que se estrecharon más aún con ocasión del reciente viaje que hicimos hace solamente unas semanas a esa gran ciudad, se hagan tan íntimas y entrañables como queremos y deseamos los ciudadanos de los dos Toledos, hasta el punto de que podamos tener mutua ciudadanía, rompiendo así los moldes que rigen en la actualidad es-

tas relaciones, como los rompió el *Telstar*, por conducto del cual os transmito este mensaje.

»Saluda a todos los ciudadanos, que tantas pruebas de cariño nos dieron durante nuestra estancia en ésta, muy especialmente a los miembros del Comité de Relaciones de Toledo, Ohio; a vuestra gloriosa y bien acreditada Universidad, con su gran presidente, Mr. Carlson, que lo es, a su vez, del Comité de Relaciones entre los dos Toledos; a vuestros centros cultura-

les, de tan alto nivel, sin olvidar a vuestro maravilloso museo; a los obreros industriales, que tan grato recuerdo nos dejaron en nuestra visita a ésta, y al *Toledo Blade*, que tanta participación tiene en la difusión de las relaciones entre los dos Toledos. Todos los ciudadanos del Toledo de España os saludan. El periódico *El Alcázar*, nacido en esta ciudad, lo hace también a su colega *Toledo Blade*, y Radio Toledo, a las emisoras de Toledo de Ohio.

»Felicitó por tu conducto al pueblo americano y a sus sabios técnicos, que han conseguido este progreso en la comunicación, y que la nueva era que el *Telstar* abre sirva para la paz del mundo que ama la verdad y la justicia. Un abrazo, querido Potter. Un abrazo muy fuerte...»

Entre mensaje y mensaje, la breve anécdota

Entre uno y otro mensaje, entre las palabras del señor Marañón Moya y las del señor Montemayor Mateos, el periodista creyó vivir, personalmente, unos segundos de historia. Allí, en la catedral, todos creíamos que el enlace era vía *Telstar*. A las once menos siete minutos estaba en la cabina don Luis Montemayor. Ahora escuchaba la respuesta de su colega norteamericano. La cabina era pequeña, estrecha, reducida. Difícilmente cabían en ella dos personas. De pronto, desde la puerta, en la que nos agolpábamos los periodistas, le dije al señor Montemayor:

—Don Luis, por favor, ¿permite?

El alcalde del Toledo español me alargó, sin más, el teléfono. Perdonarán si digo que sujeté el aparato no sin cierta emoción. Por el auricular llegaba una voz lejana, que hablaba español con marcado acento norteamericano: «...Quiero enviar un fuerte abrazo y un muy cariñoso saludo a esa imperial ciudad de Toledo. Nosotros estamos orgullosos de nuestro nombre, que tanto representa en la historia. Queremos decirle, señor alcalde...»

El teléfono volvió a manos del señor Montemayor, espejo de cortesía para el periodista, que soñaba en ese segundo con ser el primero entre sus colegas españoles que había escuchado una voz humana a través del *Telstar*.

Pero luego, más tarde, nos enteramos que no había sido así, y que, a la hora maravillosa de la catedral toledana, el satélite andaba por los rumbos del Polo Norte.

Lo que no restó ni un ápice al puente de afecto, a la amistad, a la unión y al amor de dos ciudades, la Toledo del Tajo y la Toledo de Ohio, unidas siempre por un nombre común que es historia.

F. C.

(Reportaje gráfico Europa Press y Rodríguez.)